

GRAN CASINO DE SAN SEBASTIAN

Dos conciertos diarios de 5 á 7 de la tarde, de 9 y media á 11 y media de la noche. Clásicos los martes. Artísticos, miércoles y viernes. Baile-cotillón, jueves y domingos. Baile de niños con tómbola, jueves y domingos. Restaurant de primer orden. Afternoon tea todos los días á la hora del concierto.

MATERIALES PARA INSTALACIONES ELECTRICAS GRANDES ALMACENES

R. DE EGUREN, Ingeniero, BILBAO

Edificios propios construídos expreso, recientemente inaugurados

Cables é hilos aislados y desnudos, Aisladores, Rollos, Pipas, etc., etc. de porcelana, Aparatos de alumbrado público, Lámparas incandescentes y de arco, Aparatos eléctricos
Servicio rápido y económico. Grandes existencias

BALNEARIO LA PERLA DEL OCEANO

Baños de mar y de pila en departamentos morales, higiénicos y confortables

Tarifas económicas.—Baños de playa á menos de 15 céntimos, con derecho á su ingreso gratuito en el Balneario

Conciertos diarios por mañana y tarde.—Café.—Restaurant

PIDANSE TARIFAS

Folleton de "LA VOZ,"
21 de Julio de 1913 27

Esta obra es propiedad de la Casa editorial Maucci, de Barcelona

SIN MADRE

Novela inglesa original de

HUGO CONWAY

Versión española de

FRANCISCO CARLES

... pero difien de hacer lo que me aconsejáis, porque todo el mundo sabe que sir Laurencio y lady Estmere están separados y que la cojera del capitán Chesham la causó un balazo que le pegó el baronet al poco tiempo de separarse de su esposa. El publico deduce de esta serie de hechos que Valentin no lleva el apellido de su verdadero padre.

—¿En dónde está ahora Chesham?—preguntó.
—Se marchó al continente hará unos quince días, y los jugadores están que trin, y se quejan de la manera cómo los

trató, Chesham tuvo sus razones particulares para calumniar á lady Estmere.

—¿Ahí? Ninguna persona honrada es capaz de hacer eso!—replicó.

—Es muy cierto; pero Chesham lo hace. Es hombre indigno, y juró perseguir y atormentar á sir Laurencio Estmere. Se lo había metido en la cabeza la idea de trabar gran amistad con Valentin, al que encontró en el Juvenil Club; pero nuestro amigo no se prestó á ello.

—¿Y qué hizo Valentin?—preguntó.
—Lo asedió un puñetazo tan fuerte, que el capitán cayó al suelo, hirándose al caer con la esquela de un muelle. Como sabéis, Valentin es muy nervioso—me dijo Vigor.

—Muy grande debió ser el ultraje para que se decidiese á poner su mano sobre un hombre que, más ó menos, está impedido. —Sí, y creo que cuanto menos se habla de ese asunto, mejor será para todos.

—Nos echamos la escopeta al hombro y seguimos cazando. Las palabras de Vigor me inquietaron mucho, porque me convencieron de que Chesham seguía su venganza; ¿podría haber algo más cruel para Valentin que el saber que su madre era objeto de una calumnia semejante? Reflexionando mucho acerca de ello, me pareció que aquella mala acción era un indicio comprobatorio del complot del que lady Estmere había sido la víctima inocente. Tanto como Valentin, tenía yo ardientes deseos de adquirir la certidumbre de ello, y se me figuraba que el tiempo pasaba poco aprisa, y que el capitán Chesham tardaría mucho en regresar, pues hasta que se hallase en Londres no podía yo averiguar nada. Aproveché la primera coyuntura favorable que se me presentó para contar á

lord Rothwell de qué manera la casualidad nos había hecho ir á Estmere Court. Le dije además todo lo que me había contado la señora Payne.

—Esochime sin interrumpirme y sin apartar de mi rostro su franca y honrada mirada.

—Me habéis revelado cosas, amigo mío, que ni aun el mismo sir Laurencio me dijo nunca. Aquí abajo, las cosas se arrojan y desarrojan sucesivamente; ¿seréis en la mano del Destino? Pues esa fué la que impulsó á Valentin á ir á Estmere Court.

—Sabía probablemente que ese castillo se encuentra en las cercanías; pero nada pudo hacerle sospechar que era el de sus padres.

—De manera que visitásteis toda la posesión y supistéis de boca de un testigo ocular el origen de las desventuras de sir Laurencio y de lady Estmere; ¿visteis los retratos de la familia?—me preguntó Rothwell.

—Vi toda una colección de antepasados; pero en vano buscamos la imagen del castellano actual; sin embargo, el ama de gobierno nos manifestó que existe un retrato suyo pintado por Milais; por desgracia estaba guardado bajo llave; Valentin llegó á ofrecer cincuenta libras á aquella mujer parda que nos permitiese verlo; nos pareció que será imposible proporcionar esa llave.

le explicó cómo y por qué se había enterado el capitán Chesham del regreso de sir Laurencio, y la sobreexcitación que se apoderó de mi oído me sorprendió.

—¿Es el Destino! El Destino!—exclamó y su fisonomía revelaba la satisfacción.—Sí, es verdad; esa mujer es la virtud por su belleza, y al cabo logrará reconquistar, si no la estimación de la sociedad, la de su marido al menos, la que á sus ojos es más apetible y vale cien veces más.

—Ahora hay que trabajar para meter á la luz del día las odiosas maquinaciones de capitán Chesham. Me he vuelto supersticioso, amigo mío, y apostaré cualquier cosa á que sea vos el destinado á descubrir la verdad.

—Pues bien; si por ejemplo, para desenterrar mejor mi papel, fizo hacerme muy amigo suyo con el objeto de llegar de una manera subrepticia á mi propósito, ¿el fin justificará los medios?—pregunté.

—Todo cuanto hagáis, fuera del crimen, será perdonable, querido Felice desde el momento en que se trata de arancar un secreto á ese canalla, haceros su amigo, participar de sus placeres, pasar cuanto sea preciso, y si perdáis, yo os daré lo que necesitáis. Haced lo imaginable por captaros sus simpatías y confianza para que luego os hacedros su confidente. Fudo, absolutamente todo, está permitido en el momento en que se trata de descubrir la verdad.

—Imposible de todo punto! Y bien miradas las cosas las cosas, vale más que padre é hijo sigan siendo desconocidos el uno para el otro, sobre todo, mientras el misterio no se venga en claro.
—Comiqué á lord Rothwell mucho más de lo que había dicho á Valentin, porque

«Querido amigo: Llegaré un día en que tal vez mis hijos se dirijan á vos por haber sido mi mejor amigo, suplicándome que les diga algo acerca del pasado. Es muy natural que quieran saber sobre quién debe recaer la responsabilidad de nuestras desgracias, y considero como un deber decir por escrito aquello mismo que de palabra os conté en nuestra última entrevista. No tenga nada que decir fuera de la escena que sucedió á nuestra separación. Hasta la mañana fatal en que mi marido abandonó á Douvreshouse para ir á pasar veinticuatro horas en Estmere Court, en nuestro matrimonio no había habido disgustos. Aquella ausencia, por muy corta que fuese, me pareció muy penosa. Al día siguiente, al regreso de Lorencio, me llamó la atención su rostro trastornado. Me dijo que lo sabía todo, y que no podía tener ninguna duda acerca de mi infidelidad. En vano le rogué, le imploré para que se explicase, pues permaneció sordo á mis ruegos, no respondiéndome más que con crueles burlas, insultos y reproches. De lo demás, y un número de nuestros hilos, le pedí repetidas veces me dijese en qué le había ofendido, y permaneció silencioso, sonriendo despreciativamente; ¿cómo era posible que un amor tan grande como el suyo hubiese podido trocarse en odio en el transcurso de pocas horas? El orgullo y la indignación dierome fuerzas para decirle:—Cuando un marido está persuadido de la infidelidad de su mujer, no le queda más que un recurso; ¡abandonarla! Decidme qué es lo que pensáis hacer.—Con nuestra frialdad me respondió:—Dentro de algunas horas habrá abandonado á Douvreshouse; mi poderado recibirá instruc-

ciones y os la comunicará.—¿Y nuestros hijos!—preguntó.—El mayor—me respondió con cruel sonrisa.—¿I que por dicha se me parece tanto, me lo llevaré, en cuanto al más pequeño, no le reconozco por tal hijo, y os lo dejo. No daremos ningún céntimo; pero en adelante, viviremos separados. Dichas estas palabras, mi marido me dejó, y desde aquel día no nos hemos vuelto á ver más. Al día siguiente marché, llevándonos nuestro primer hijo. No puedo decir más, y sin rebajarme á aseguráros que jamás fallé á mis deberes; no pido, no, siquiera que el tiempo justifique á los ojos de Laurencio mi inocencia; ¡que no sepa jamás que siempre ha sido y será el objeto de todos mis pensamientos, porque los dolores, las penas por que pasó, no son nada comparados con esta otra prueba, inferir á una mujer que no la merecía la más cruel de las ofensas! ¡Hacerla sufrir el peor de los suplicios! Agradeciéndome en el alma vuestra simpática atención, termino haciendo presente la expresión de mi consideración más distinguida.

Saqué una copia de la carta y devolví el original á lord Rothwell, y á no recordar el incidente final que me había contado la señora Payne, habría creído que sir Laurencio perdió la razón. Mientras yo permanecí en Mirfield, no volvímos á ocuparnos de este penoso asunto. El tiempo era espléndido, la caza abundante, y lord Rothwell, el más amable de los duques de esta parte del mundo. Valentin abandonó la escopeta por el lápiz, é hizo algunos estudios y apuntes muy interesantes. Le animé con mis elogios, y

Marygitta Estmere